

EL SEMINARIO A SU OBISPO



ANTORCHA

NOVIEMBRE 1964 • NUM. 26

IN MEMORIAM

Seminarium

Grati animi ergo

Excmo. ac Rvdmo. Dno. Dri.

IESU ENCISO VIANA

Almae Sedis Maioricens. Episcopo

Impensiozem IX annos IPSI operam navanti

Cuis sacelli nuper constructos

Hyssopo circuiuit muros

Intus aera complens B. M. V. Assumptae imagine

Eiusque navem postea plurimis organi

Replevit vocibus

Suaque docta Sti. Petri in Vaticano II «de Liturgia»

Bibliothecam multo locupletavit libro

Biblicum Museum splendida ditavit aula

Carmen aeternum dicito

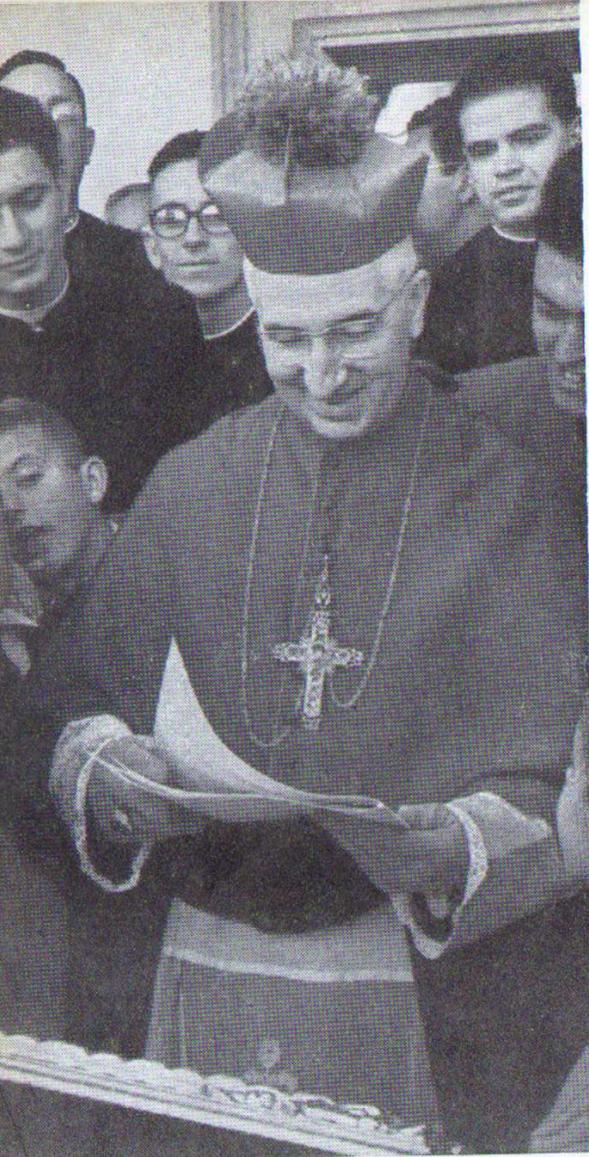
Preces offero.

In Domino vivat.

IN MEMORIAM

El Seminario entona eterno cántico de gratitud al Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Jesús Enciso Viana, Obispo de la Sede de Mallorca, que trabajó por él 9 años denodadamente. Bendijo solemnemente su iglesia, colocando la grácil imagen de la B. V. M. Asunta, Llenó su nave con las múltiples voces del órgano y con la suya la de S. Pedro en el Concilio Vaticano II «sobre Liturgia». Enriqueció la Biblioteca con nuevos libros y amplió el Museo Bíblico. Rogad por él. Que viva en el Señor,





Aquel 15 de octubre de 1960 los seminaristas, agradecidos, ofrecieron a su Obispo un cuadro de la Virgen del Seminario. «La Virgen Asunta del Seminario, cuya imagen, presente durante toda su enfermedad, ha sido testigo de sus dolores y de los ofrecimientos que de ellos hizo, le habrá recibido con aquellos brazos abiertos que tantas veces contempló al postrarse ante Ella».

El Obispo, custodio de su Seminario Diocesano. Lo pregonó por toda Mallorca el «Mensaje del Seminario». Los mallorquines están orgullosos de su Obispo. Ahora, allá en los cielos, tenemos un protector que seguirá tutelando a sus seminaristas y a sus queridos fieles de Mallorca y en el umbral de la eternidad esperará nuestra llegada.

ANTORCHA - Noviembre 1964 - Núm. 26
 ÓRGANO DE LA OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES
 Seminario Diocesano - Palma de Mallorca
 Redacción y Administración: Apartado 615
 DEP. LEGAL P. M. N.º 351-1958 A. G. GIMÉNEZ - LULIO, 12 - PALMA



Cómo se encendió esta «ANTORCHA»

El M. I. Sr. Rector del Seminario me ha pedido unas líneas para este número extraordinario de «ANTORCHA», dedicado al Excmo. y Rdmo. Sr. Dr. D. Jesús Enciso Viana, q. s. g. h.

No puedo ni quiero negarme por tratarse del que fue nuestro Prelado y por tratarse de «ANTORCHA».

Bien saben los seminaristas que quien encendió esta «ANTORCHA», fue el mismo Sr. Obispo Enciso. El deseaba una publicación de esta índole. Me expresó su deseo, siendo Rector del Seminario, y en diciembre del año 1957 se dio cumplimiento al mismo.

La primera página de «ANTORCHA» va firmada por «Jesús, Obispo de Mallorca» y es una lección del Maestro en Sagrada Escritura y una exhortación del Obispo a sus seminaristas, que resume tres notas características de su pontificado: el amor al Jesús del Evangelio, el interés por los medios humanos, noblemente puestos al servicio de Cristo, y ambos confiados a la protección de la Virgen María. ¡Una previsión de la Virgen Asunta del Seminario con su «señorío» sobre el mismo Sr. Obispo y sobre todos los seminaristas!

El amor al Jesús del Evangelio está patente en sus pastorales, lo descubrió en su predicación, lo difundió en sus Congresos Eucarísticos, lo publicó en sus escritos y obras bíblicas, lo practicó en su vida de piedad y, sobre todo, en su vida de dolor y sufrimientos de los últimos meses. No fue sólo riqueza de ideas y de palabras o concentración de toda su persona ante un sagrario o ante una custodia, como pudimos observar en más de una ocasión; fue entrega y correspondencia hasta la consumación con El y por El. ¿Sabéis cómo suele terminar una antorcha encendida, al principio enhiesta y brillante, lisa y rasa de arriba abajo, pero al final, breve o encorvada, rugosa por sus gotas y chorreo, aunque nunca sin dejar de lucir? Así creo que fue nuestro Obispo hasta extinguirse la llama de su vida terrena: una antorcha «encendida en Cristo» y con Cristo quemada.

El interés por los medios humanos lo experimenta todo el Seminario con su plan de estudios, abierto a todos ellos, su acción y su estímulo

para todo lo que pueda ser fundamento humano de la dignidad sacerdotal o para todo lo que pueda ampliar a ésta, a fin de que llegue mejor a cualquiera esfera humana. Está vivo todavía su interés por el nuevo edificio, por las aulas, por los medios pedagógicos de toda índole, por los museos —como el museo bíblico—, por el arte, por la música, por toda clase de ilustraciones, como ampliación de los estudios estrictamente sacerdotales. «Nada humano le fue ajeno», con tal que fuera digno del hombre sacerdote.

Y todo «en los brazos de María»: el amor a Jesús, porque así es como mejor se siente y se practica; los valores humanos, porque así reciben el toque transformador de Quien, como medio humano, supo mejor convertirse, con toda su persona, en el instrumento de la mayor gloria de Dios: Madre de Jesús. Medios humanos sin gloria de Dios no son medios para el sacerdote.

Nada puedo decir que no sepan y sientan los seminaristas acerca de lo que significaba María Santísima para nuestro Obispo. ¿Es que hubo algún momento de su vida en que no levantara la antorcha de su palabra encendida para iluminar en uno u otro aspecto la dignidad y el poder de la Madre de Dios, la confianza que en Ella tenía y quería que todos tuviéramos?

Estuvo de verdad bajo el «señorío» de quien es Madre y Reina y bajo este mismo «señorío» puso a todo su Seminario en una imagen que, iluminada de todos lados por los colores de tierra y cielo, tiene momentos —contemplada en pleno día— que parece centellear como llama de imperecedera antorcha.

«La Luz que María trajo al mundo» siga encendiendo siempre esta «ANTORCHA», para que ella «Lleve a los pueblos la Luz».

Francisco Payeras, Vic. Cap.



SU MEJOR PONTIFICAL...

Por D. Emilio Enciso Viano

Sacerdote

Vuestro Obispo fue ante todo un sacerdote. Procuró serlo a través de toda su vida. Lo fue, de manera particular, en su enfermedad y muerte.

Fue este su mejor pontifical. No lo celebró entre las magnificencias litúrgicas de la catedral mallorquina, sino entre las miserias dolorosas de dos clínicas.

Sin embargo, ¡qué pontifical más sublime!

Me acercaré al altar de Dios...

En él podemos encontrar las distintas partes que tienen todos los pontificales. Un **INTROITO**

La época primera de su enfermedad fue un estar renunciando constantemente a muchas cosas. Pensábamos que aquella no era enfermedad de muerte; tampoco él lo sospechaba. Pero estaba dispuesto a todo e iba renunciando.

—«¡Cuánto cuesta renunciar!», decía él. ¡Cuántas ilusiones de cosas que tenía entre manos y que tenía que ir las dejando! Renunció, entre otras, a la ordenación de los diáconos y luego a la de los nuevos sacerdotes. Renunció a asistir a la tercera fase del Concilio... Y tantas otras renunciaciones calladas y veladas... Era su introito.

Oye, Señor, la voz de mi súplica...

Y tras el introito vienen las **ORACIONES**.

Se me quejaba a mí en varias ocasiones: «Es que no puedo rezar, no me sigue la cabeza». Se refería a la oración formularia.

Todos los días hacía celebrar el Santo Sacrificio y rezar el Rosario. Al principio

lo seguía bien pero, poco a poco, llegó el momento en que la cabeza le fallaba por cansancio y no podía seguir. El Breviario intentó varias veces rezarlo; no podía.

Pero es que tenía otra oración. «Oración —nos advertía él— no es pedir. Que nos hemos acostumbrado a la oración de petición, siempre pedir. La oración es alabar a Dios». Y él se sentía unido con Dios.

Muchas veces, con los ojos cerrados, se entregaba a esta oración, dando vueltas y más vueltas a esos salmos sobre los cuales trabajó tanto y con los cuales alabó tanto a Dios nuestro Señor.

Después de la oración en la misa vienen las **LECTURAS**. Las lecturas son para adoctrinar al pueblo. Y las lecturas, en su enfermedad, fueron las cartas que él escribía a sus diocesanos.

Señor, te ofrezco mi vida...

El **OFERTORIO**, la entrega.

El día que le dimos por primera vez los Santos Sacramentos él aceptó plenamente la muerte. Pero después nos decía: «Me queda una especie de remordimiento. Ese día yo no me daba plena cuenta de este detalle. Yo ofrecí a Dios mi vida, la puse en sus manos, pero me parece que no me entregué y yo quisiera haberme entregado en aquel momento y yo me entrego y me entrego completamente a la voluntad de Dios».

Desde entonces estaba tan entregado a la voluntad divina, tan dispuesto a que el Señor se lo llevase, que no sabía hablarnos más que de su propia muerte. Y cuando tratábamos asuntos de la tierra, nos decía: «De qué distinta manera veis eso vosotros y yo. Yo lo veo del lado de acá, de «mi lado» —decía él—, vosotros lo veis del otro lado».

Os contaré el ofertorio —la entrega— del día de su última operación. El había

mandado instalar su cama en el salón que da entrada a la capilla, para estar delante del Sagrario. Aquel día le celebraba yo la misa. Al llegar al ofertorio me llamó y fui con la patena y las hostias que había de consagrar; llamé también a los otros hermanos que rodearon la cama e hizo entonces su ofertorio:

—«Señor, te ofrezco mi vida. Si Tú quieres llevarme, me darás el mejor premio; si Tú quieres dejarme, lo acepto, pero ayúdame».

Y luego conmigo pronunció las palabras del ofertorio de la misa.

Así se ofreció.

Bendice esta oblación para que se convierta en el Cuerpo y la Sangre...

Este pontifical tuvo también su **CONSAGRACION**.

La consagración es transustanciación. El pan y el vino se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo.

En vuestro Obispo se operó una transformación a través de la enfermedad.

«Yo siempre lo creí muy bueno —me decía la hermana que con él siempre convivió— pero en la enfermedad pude observar que mejoraba mucho, cómo se transformaba en un santo».

Paralela a esta transformación interior tuvo, sobre todo, una transformación física. Se convirtió en una reproducción viva de Cristo Crucificado.

Como sabéis, tenía la espalda completamente llagada; en el costado izquierdo un absceso abierto con abundante supuración, producido por una inyección; en el otro costado, las heridas de la operación. Tenía una sonda por la nariz, una vena artificial en el brazo izquierdo por donde recibía, «gota a gota», las trasfusiones, dos drenajes en el costado derecho, unidos con un aspirador. En esta forma estaba sujeto, cosido a la cruz de la cama.

¿No os parece que esta transformación es como una reproducción, en más pequeño, de la gran CONSAGRACION?

Su muerte fue una verdadera inmolación redentora.

Porque unida a la consagración estuvo su **COMUNION**.

Se dio por todos; se dio por los demás. Dio su vida por su Diócesis, por su clero, por su Seminario, por el Concilio, por su Comisión de Liturgia.

Sí, fue eso: un darse, una comunión.

Sacerdote pobre

Dos aspectos resaltaré de su persona, en los cuales quiero que os fijéis.

Vuestro Obispo fue un sacerdote pobre.

Con satisfacción nos pudo decir: «Sabéis que he vivido pobre y muero pobre».

Siempre vivió muy sobriamente, muy austeramente. Nunca le vi con apetencias de ganancia.

Pobreza no es miseria, ni carencia absoluta de dinero. Es estrechez o limitación por renuncia a mayores amplitudes.

La pobreza es mucho más difícil cuando es voluntaria y se puede no tenerla y mucho más cuando se oculta bajo una capa dorada y se desenvuelve en un ambiente de esplendor.

A la hora de morir, su principal capital era su Biblioteca.

Con mucho esfuerzo y sacrificio la fue formando, hasta lograr obtener una magnífica Biblioteca, principalmente bíblica. Pero puso tanto interés en formarla, porque no la quería para él sino para la Iglesia. La consideraba como un instrumento de trabajo para mejor servir a la Iglesia. Al morir ha querido que vaya directamente a la Iglesia y la ha dejado a este Seminario.

Seminaristas, fue pobre, murió pobre. Vosotros sabéis que no venimos al sacerdocio nunca a hacer dinero. ¿Qué pena me dan los sacerdotes que se enriquecen! ¡Desgraciado el sacerdote que sin tener bienes de fortuna cuando se ordenó, en el momento de la muerte tiene un gran capital!

Seminaristas, sed pobres siempre, porque así seréis más de Dios, viviréis más para Dios y trabajaréis mejor para Dios.

Sacerdote mariano

Vuestro Obispo fue un sacerdote mariano. «Eccce filius tuus», fue el lema de su episcopado y de su vida. Era el hijo de María, el que estaba entregado a la Virgen.

En su enfermedad, en esa oración de que antes os hablaba, cuántas peregrinaciones espirituales hizo por los santuarios de Mallorca: Lluc, San Salvador y tantos otros...

Pero sobre todo esta Virgen del Seminario. Yo la he conocido a través de él, de lo que él hablaba, de las fotografías que me enseñaba.

Al principio de la enfermedad un superior vuestro le llevó una fotografía de la Virgen del Seminario. El la mandó colocar frente a su cama para poderla ver bien. A Ella oraba y en los momentos angustiosos y de dolor a Ella dirigía sus miradas.

Cuando vino a Mallorca, frente a su cama, tenía otra bellísima fotografía de esta misma imagen y nos decía a nosotros:

—«Si tan bonita es esta imagen, si tan bonita la ha podido concebir y hacer un hombre, ¿cómo será la realidad que la ha concebido y la ha hecho Dios nuestro Señor? Con Ella estaré y estaré por toda la eternidad».

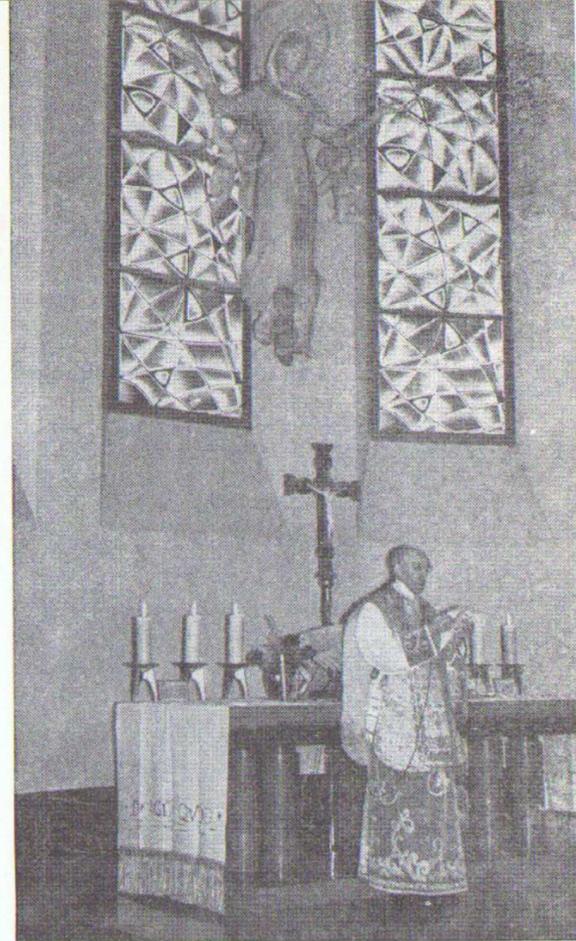
Así amaba él a la Virgen.

Seminaristas, amad mucho a la Virgen.

Ite, missa est

Id, el pontifical se ha terminado. El Pontifical que dijo vuestro Obispo a través de ocho meses. El Pontifical que se desarrolló entre las miserias dolorosas de dos clínicas, se ha terminado.

Pero no se ha terminado, porque vosotros, como en la Liturgia, estáis contestando: «Deo gratias».



Nosotros por este Pontifical demos gracias a Dios.

Si queréis vosotros dar gracias a Dios, si queréis recordar bien al que fue vuestro Obispo, si queréis participar de su último Pontifical, procurad ser buenos sacerdotes, muy eucarísticos, pobres, marianos.

(Fragmento de la alocución que, a petición del Seminario, pronunció el M. I. D. Emilio Enciso y que todas escuchamos con viva y profunda emoción, el pasado 8 de octubre ante la imagen de la Virgen Asunta.)

Esa es vuestra labor: EDUCAR

Gabriel Rosiñol

Un gesto de predilección

«Bienvenido al Seminario, su nuevo Obispo», así rezaba aquel arco triunfal en la entrada del Seminario.

Antes que su catedral, que su ciudad fue al Seminario quien acogió alegre al nuevo Prelado. Aquella mañana despertamos todos, pequeños y mayores, con una misma ilusión: conocer, ver de cerca al Señor Obispo. Sabíamos de su amor al Seminario a lo largo de su vida sacerdotal y en nuestro interior delectábamos aquellas frases, realidades que fueron, símbolos de un nuevo porvenir. «Nada llevamos tan dentro del corazón como todo lo concerniente a la formación de nuestros sacerdotes».

Aquel gesto de predilección nos gustó y ya desde entonces nos cautivó el corazón. Era un honor para el Seminario ser el primer campo que pisara el nuevo Pastor.

Han pasado desde entonces nueve años. 25 de septiembre de 1955. Una fecha que el Seminario recordará por mucho tiempo. Una jornada festiva y alegre, inicio de un nuevo pontificado hecho de amor a esta Casa, cuna y centro de la espiritualidad de Mallorca.

Vitalidad y energía

«Vosotros sois —decía a los sacerdotes en el día de su entrada— los brazos que Dios me ha dado para llevar a toda la isla mi pontificado. Sin vosotros yo sería muy poco».

Era necesario cuidar estos brazos, llenarles de vitalidad, robustecerlos, hacer correr por sus venas la savia de Cristo. El quería unos sacerdotes capaces de afrontar los peligros de nuestro tiempo, hombres dados a Dios y fieles a su vocación. Por esto no dudó en acudir a la raíz de donde brotan estos hombres de Dios.

Sus orientaciones no se hicieron esperar. En la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo del año 1956 firmaba una carta pastoral sobre el Seminario Diocesano.

En ella exhortaba a los superiores a trabajar unidos a él, haciéndoles ver la tremenda responsabilidad que pesa sobre sus espaldas y a la vez la plena confianza del Obispo al poner en sus manos lo mejor de la Diócesis «En vosotros, después de Dios, ponemos nuestra confianza. Trabajad con ahínco y con ilusión».

La unión es principio de victoria. Presente lo tenía nuestro Obispo al escribir: «No podemos resistir el deseo de comunicaros y dejaros escrito algo de lo que nos quisiéramos que fuese nuestro Seminario, a fin de que sabiéndolo todos, más fácilmente converjan los esfuerzos de todos hacia la realización de un mismo ideal».

Ruta de la personalidad

Poner los cimientos de un edificio es quizás la labor más delicada en toda la construcción. Labor ímproba y ardua, silenciosa y humilde la de buscar la piedra angular. Labor, por otro lado, necesaria e imprescindible.

El sacerdote —muchas veces se ha hablado de ello— debe ante todo ser hombre. En su personalidad humana está la piedra angular de todo el edificio sacerdotal. No nos extraña que fuera constante en nuestro Obispo la preocupación de «formar al hombre», de encauzar toda la vitalidad y energía que brota de la juventud.

Encauzar no es acallar esa fuerza, no es matar en germen esta vida. Es abrirle surco seguro; trazarle nuevas orientaciones, nuevas metas más elevadas. Es despertar inquietudes para poder llegar a poner en manos de aquel joven toda la responsabilidad de su formación.

Por eso nuestro Obispo, con perspicaz psicología, rechazaba el método de educar a los jóvenes de fuera a dentro, es decir, imponiéndoles un molde, sospechando que, quitado éste, las viejas tendencias, calladas por la fuerza de la disciplina, reviviesen de nuevo y echasen brotes, dando al traste con toda la labor educativa.

«Más acertado parece —escribía— el educar a los jóvenes de dentro a fuera, creando en su interior algo que esté exigiéndoles siempre estos hábitos que tratamos de formar».

Si bien, él sabía que este método no estaba reñido con la disciplina, antes bien la suponía. Y no dudó en trazar una regla, mirando siempre el cariz positivo de todas las obligaciones.

Silencio, porque favorece el diálogo interior, fecundo para el espíritu. Orden en las cosas exteriores porque «así sus ideas y sus conciencias lo tendrán también». Laboriosidad y estudio ya que el sacerdote es el hombre con el peso de una responsabilidad. Generosidad: «no están los otros para servirle, sino él para servir a los demás».

No quiso con esto desechar la herencia que sus predecesores le legaren —él mismo se confesaba pequeño al ver la ta-

lla de las figuras que pasaron por esta sede mallorquina—; ni vino con aires de estruendosa reforma. Sólo hizo —amor y delicadeza con el pasado— profundizar y pulir, adaptar a tiempos nuevos sabias normas, dictadas por antiguos pastores.

Hoy podemos afirmar que supo recoger y trabajar aquella herencia, mereciendo con ello un lugar también destacado entre los Obispos de Mallorca.



Guerra a la mediocridad

Nuestro Obispo era consciente de que para salvar a los hombres es necesario acercarnos y dialogar con ellos, de que los sacerdotes no pueden vivir extraños a los grandes problemas que tienen planteados los hombres, sino que deben salir a su encuentro, ofreciéndoles una solución.

Llevado de estas ideas quiso hacer de su Seminario centro de formación para el mañana. El mismo estructuró un nuevo plan de estudios, adaptado al progreso de las ciencias y letras. Dio nuevo empuje a los anuales certámenes, interesando a los profesores en servir de guías a los principiantes en el estudio.



Sus alocuciones al final del acto de certamen, lo mismo que en las aperturas de curso, eran un programa a seguir en la vida del Seminario. Actuación apostólica, amor a la jerarquía, dedicación al estudio, fueron constantes de sus discursos.

Tener la Biblioteca al día, fue también uno de sus grandes deseos. En la inauguración de la Biblioteca de D. Antonio Sancho nos decía: «Esta biblioteca nos ha legado D. Antonio. Será como un espejo en el que podréis miraros para que vuestros espíritus de apóstoles no se contenten nunca con la mediocridad».

El Museo Bíblico, otro punto a destacar en la actividad educativa de nuestro Obispo. En su último viaje a Tierra Santa —en mayo de 1961— tuvo ocasión de ponerse en contacto con los Profesores de la Escuela Bíblica de Jerusalén y con ellos concretó sus planes sobre nuestro museo. Pocos meses después llegaron al Seminario las nuevas y valiosas adquisiciones por él realizadas. Objetos éstos de gran valor histórico que datan del si-

glo II al IV a. C. En distintas ocasiones nuestro Obispo se dignó complacido en ejercer de «cicerone» ante las autoridades e ilustres visitantes. Otra prueba de su amor y preocupación por este museo.

Academias, Cursillos, Conferencias. Destinado todo a una mejor y más amplia preparación para el mañana sacerdotal.

Así el Seminario ha crecido con vida intelectual pujante, digno reflejo del deseo de nuestro Obispo, fiel a las exigencias de la Iglesia, consciente de las necesidades de nuestro tiempo.

Ahí está vuestro modelo

Capítulo aparte merecería la labor desarrollada por nuestro Prelado en el campo de la liturgia y de la música. Era su deseo que en el Seminario se realizasen con toda exactitud y buen gusto los actos litúrgicos, que la música fuese realmente plegaria.

Por ello, antes de terminar otras obras, edificó la capilla y nos legó un órgano.

Dos hechos significativos. Dos invitaciones a una mejor participación en el culto divino.

«Yo desearía que mis seminaristas cantasen como monjes benedictinos», nos decía al final de la jornada de la bendición de la capilla. No en vano lo dijo. Puso todo su esfuerzo por llevar al Seminario un monje de Monserrat.

Al clausurar el primer cursillo de Canto Gregoriano, en su rostro se reflejaba la satisfacción de haber dado a sus seminaristas una ocasión más para perfeccionarse; y sus palabras fueron una invitación cálida: «Ahí está vuestro modelo, seguidle».

Canto gregoriano, copia del buen estilo. Música polifónica, siguiendo a los buenos maestros.

Tarde memorable. La Schola Cantorum cumple 50 años maduros y repletos de servicio a la Iglesia, de esplendor en las funciones litúrgicas. Cincuenta años de formación musical de varias generaciones sacerdotales que, alabando a Dios, han abierto nuevos cauces de apostolado en las parroquias.

Para esto está la Schola y el nuevo órgano. Nos lo decía el Sr. Obispo hace escasamente un año: «Nuestra capilla recibe hoy su complemento: el órgano que ya desde ahora estará siempre aquí al servicio de Dios y al servicio de la Diócesis. Servicio de Dios porque dará solemnidad a los cultos. Servicio de la Diócesis porque en él harán sus primeras armas aquellos seminaristas que, después, difundidos por toda la isla, sabrán utilizar de esos bellos órganos que conserva Mallorca».

Ultimo legado

Nuestro Obispo amó al Seminario, se sacrificó por él, trabajó con tesón y entrega para hacer de él «el corazón de la Diócesis».

Su Biblioteca, legado que tanto honra al Seminario, obra de muchos sacrificios y desvelos, instrumento de largas horas de trabajo, nos recordará al Obispo sabio e inteligente, al Maestro amante y estudioso de los buenos libros.

«Al Seminario dedicaré una atención particular». Cabe repetirlo hoy, cuando aquellas promesas se han vuelto realidad.

El Seminario cantará para siempre un canto de gratitud a su Obispo, gratitud que va rubricada con el propósito de ser discípulos fieles de tan gran Maestro.



ANTORCHA rinde sentido acto de adhesión y homenaje al Ilmo. Sr. Vicario Capitular, D. Francisco Payeras, Rector que fue de este Seminario

Su última misa

Con solemnidad nuestro Obispo está confiriendo por última vez las órdenes sagradas en el marco esplendoroso de la iglesia de nuestro Seminario. Esta fotografía nos recuerda otra celebración: la que fue en este mundo su última Misa.

Aquella mañana —8 de julio— insistía el Sr. Obispo: «quiero celebrar la santa Misa». Su cuerpo se resistía, sus fuerzas eran menguadas, no podía tenerse en pie. Le habían anunciado, para aquel mismo día, otra intervención quirúrgica que había de revelar tan grandes interrogantes. No obstante, ante la insistencia reiterada, amable y autoritaria, las hermanas y su secretario tuvieron que acceder. Le revistieron de ornamentos sacerdotales. «Parecía que vestíamos un cadáver», fue la expresión de una de ellas. Le llevaron al altar, y, sentado, empezó la Santa



FOTO MARTORELL

Misa. Desde el 24 de enero no había podido celebrar.

«Me acercaré al altar de Dios»... con qué gozo, recogido, sollozando de emoción, rezó las primeras oraciones. Un clima de honda espiritualidad embargaba aquellos momentos inolvidables. Las oraciones, largas. Las lecturas, pausadas. Aquel ofertorio, con toda la intensidad de la entrega definitiva. Por última vez distribuyó la Comunión a sus hermanas, o mejor, las hermanas fueron en busca de la hostia, sostenida por aquellas temblorosas manos.

Fue aquella una jornada grande, intensa, memorable.

Fue la última Misa de nuestro Obispo, el Obispo de la Eucaristía, el Obispo del Sacrificio.

El Seminario ha recogido el eco de esta última Misa de su Prelado y los seminaristas en la solemnidad de la reciente vestición, y, a los pies de la Virgen Asunta, lo han plasmado en consigna para este año: «me esforzaré en preparar mi primera misa evocando la última misa de mi Obispo».

Sus últimos días —así lo dicen estos versos— fueron continuación de aquella celebración, un subir las últimas gradas del altar del sacrificio.

*Cátedra de virtud, altar, el lecho
en que se consumía entre dolores.
Riquísimo incensario el de su pecho
hecho volcán de místicos amores.*

*Y tendido, deshecho, desangrado,
y cual otro Jesús, roto, transido,
sin miembro sano, abierto su costado,
subía su alma en un latido.*

*Desde la tierra al cielo alado puente
le tendía, con cuentas de rosario,
mientras le recibía tiernamente
la dulce Asunta de su Seminario.*

R. V.



TRABAJÉ
PARA
VOSOTROS

Este es el espléndido legado testamentario de nuestro Obispo a su Seminario Diocesano: su propia biblioteca, tan rica en cantidad y en calidad. Encierra volúmenes selectos de variadas materias científicas, históricas y literarias, excelentes por los autores o por su modernidad. Se distingue, por su alto valor, el importantísimo conjunto de obras bíblicas que es considerado como uno de los más valiosos que enriquecen una biblioteca particular. Resaltan también las obras que escribió la mano sabia de nuestro Obispo, cuyo prestigio de hombre de ciencia fue por todos reconocido en España y fue admirado en el Concilio Vaticano, como aquí recordó el Excmo. Señor Nuncio Apostólico.

Aquí están sus libros: Problemas del Génesis, Praelectiones Biblicae, Manual de Historia comparada de las Religiones, Por los senderos de la Biblia; la abundantísima colaboración en revistas científicas, especialmente en Estudios Bíblicos; comentarios del Salterio; los artículos que asiduamente publicó en las páginas de Ecclesia; Conferencias que merecieron los honores de la traducción a otras lenguas; las Cartas Pastorales, numerosas y densas; sus Cartas desde el Concilio, y aquellas cartas dictadas desde el lecho de su dolor —cátedra de su gloria— que llegaron hasta lo más hondo del corazón de Mallorca.

Con sincera adhesión pueden transcribirse las frases con que un docto exégeta español saludó la aparición de los dos volúmenes «Por los senderos de la Biblia»: Son un exponente de la laboriosidad del gran profesor de exégesis bíblica, el Obispo de Mallorca. Exactamente son ciento siete los temas tratados. Esto supone mayor esfuerzo intelectual que una obra del mis-

mo tamaño limitada a un solo objeto, por importante que éste sea. Los temas son vitales y están tratados con la gran conocida competencia que caracteriza a su autor. Son atractivos por su estilo y terminan en cristiana edificación. Están inspirados por tendencias modernas, sin una sola estridencia en su inmensa variedad. Todos —seglares, sacerdotes y profesores— pueden aprender en ellos ciencia bíblica y arte de exposición para el pueblo. Así, pronto la Biblia se convertiría en el pan del pueblo cristiano... Estos juicios tan laudatorios sobre la profundidad, la solidez y la atractiva modernidad de estos libros, pueden extenderse a todas sus obras.

La robustez de su ciencia teológico-bíblica y la plena conciencia de su responsabilidad sacerdotal le urgieron al trabajo científico en el que avanzó prudente y decididamente, como maestro de autoridad merecidísima y una de las figuras principales entre los profesores de Sgda. Escritura y aún de Liturgia Pastoral. Supo escribir, ante todo, para sus diocesanos y también para ilustración y edificación de estudiosos y del gran público. Y es innegable que, en todos sus libros y escritos, su estilo fue veraz, impecable, auténticamente castizo, penetrante, conciso en su elegancia y serenamente noble, como todo su proceder...

En esta Biblioteca, que guarda su legado cultural y su herencia científica, parece oírse el elogio que se lee en el Libro Sagrado:

«Por la bendición del Señor me aventajé,
y llené, como los vendimiadores, mi lagar.
Ved que no trabajé para mí solo.
Trabajé para vosotros,
los que buscáis la Sabiduría en el Señor...»

S. R.



FOTO MARTORELL

VIOLETA HUMILDE

A la respetuosa petición de Anforcha ha accedido el Excmo. y Reverendísimo Sr. Obispo de Ibiza, enviándonos desde Roma las siguientes líneas que tanto honran nuestra Revista.

Hace pocos días me escribían desde Palma que habían visto unas flores delicadamente esparcidas sobre el sepulcro que guarda los restos del llorado Obispo de Mallorca, en su Catedral.

Mis palabras son también una humilde violeta que dejo caer sobre aquella losa sepulcral. Violeta como el color morado de los capisayos episcopales. Humilde como mi pluma. Violeta perfumada por el perfume del afecto más sincero y escondida entre los pliegues de un recuerdo imborrable.

Mi amistad con D. Jesús data desde los años de nuestros estudios en Roma, allá por el año 1922. Pero tiene su mayor expansión en los años que colaboré en su gobierno de la Diócesis Mallorquina.

Gran pérdida ha sido para mí la muerte de D. Jesús. Gran pérdida para la diócesis que le ha tenido por Pastor y que ha seguido su larga enfermedad con ansias un día, con esperanzas otro: esperanzas truncadas ya definitivamente.

El mismo rumor popular que tantas veces previó para su Obispo inmediatos ascensos a puestos de mayor responsabilidad no era otra cosa que un reconocimiento de sus méritos y de su gran valía.

D. Jesús tenía algo de la violeta escondida. Era necesario acercarse a él para sentir el perfume de sus íntimos anhelos y su gran corazón, a veces escondido en su seriedad serena y tranquila. Sus más grandes amores eran la justicia y la verdad.

Las flores se marchitan pronto. El amor cristiano, si es verdadero, permanece hasta la eternidad. Lo ha dicho San Pablo que supo amar primero la Ley y sus tradiciones con un amor celoso y después a Cristo con todo su corazón...

Roma, 7 de octubre de 1964.

† Francisco, Obispo de Ibiza

Salm del pastor ferit de mort

Evocant la bona memòria de l'Excm. i Rvdm. Sr. D. Jesús Enciso, exemple viu del Pastor bo qui dona la vida per ses ovelles, sacrificat damunt l'altar mateix dels seus somnis pontificals.

Fent també memòria del seu germà sacerdot, del sacerdot secretari, de ses germanes i demés familiars qui, amb fortalesa cristiana, l'acompanyaren tots els dies de la prova.

De genolls, alçaré cap a Vós les mans que heu ungit
amb el crisma del dolor.
I de mos llavis —purificats pel foc de la febre—
pujarà eternament una cançó de gràcies:
Perquè «Aquell qui em va escullir des de les entranyes de ma mare,
s'ha dignat revelar en mi el Fill seu»
I en mi han vist el Crist; i en la meva carn llagada
han llegit el suprem testimoni d'amor.

A l'octubre tranquil dels meus dies, somniava —sembrador pagès—
somnis d'abundància.
Per donar-vos gràcies, enmig de la pleta vaig alçar per Vós
un altar de pedres.
Estimàreu tant les meves ovelles, que a mi m'escullíreu
per esser vessat en libació.
Finiren els dies de glòria: me volguéreu —oblació i víctima—
despullat de les vestes pontificals, damunt l'altar nuu.
Com se tira l'aigua, tiràreu mon cos; i, al bell mig del cor,
em ferí, feixuga, la sageta de la mort.
No m'amagàreu el calfred de les tenebres, ni la paor de la nit,
ni l'abisme del no-res.
Lluny de mi l'honor: Pastor del remat, vaig esdevenir
l'últim anyellet.

Sí... Déu n'és testimoni, com vos duia al cor
enmig del combat.
Quan més negre i crua tornava la nit, llavors m'alegrava
pensant en vosaltres:
Mon cos massagat era exemple viu —com fou el de Crist—
pels qui han de creure.
El caliu de la febre no pogué eixugar la meva veu; i en el crits del dolor
coneguèreu el qui dona la vida per ses ovelles.
«Per això vos prec: no us descoratgeu en els meus torments:
són la glòria vostra».
«De veres vos dic: els qui véreu la meva humilitat,
veureu la meva exaltació».
He lliurat un bon combat; també ara en el meu cos
Crist serà glorificat.

Pobles de muntanya, beneïu el Senyor; donau-li gràcies
gents de la planura.
Alegrau-vos, carenes de la serra; deixau la tristesa,
platges d'aigües d'or.
Perquè he vençut: diu vostre Pastor.

Domingo Mateu

Su Seminario, ilusión y empresa

RECOGER LA HUELLA del que estubo entre nosotros como Padre y Pastor lo creo un deber gozoso de justicia. Que «ANTORCHA» sea este eco, mucho más. Porque ella al nacer recibió el impulso y la complacencia de su Obispo: «Mis seminaristas se disponen a publicar una revista, y la van a llamar «ANTORCHA». Las dos cosas me gustan. La publicación y el nombre. Justo será que la ANTORCHA de mis seminaristas acuda al altar de la Virgen en un doble gesto: alargándola para que se encienda en la luz que María trae al mundo, y elevándola en ferviente y cálido homenaje».

Nos quedaríamos a mitad de camino si no hiciéramos constar que fue el Seminario entero, con cada uno de sus momentos, circunstancias y personas el objeto de las predilecciones de Monseñor Enciso: «El Seminario es el Cenáculo, que Dios tiene en la Diócesis, para preparar sus sacerdotes. Esto os lo dice todo. Esto os explica el que vuestro Obispo lo ponga a la cabeza de todas sus preocupaciones y no se canse de hablaros de él».

Esta predilección quizás pueda concretizarse en lo que fue su máxima ilusión: «Estamos construyendo la Iglesia del Seminario». ¡La Iglesia del Seminario! La que fue cátedra mucho antes de la inauguración. Desde ella nos habló el Nuncio de S. S. Monseñor Antoniutti en la visita que realizó en 1959, cuando aún era su fábrica simples paredes desnudas.

Sin embargo era todo el conjunto de obras que preocupaba al Sr. Obispo. En su pastoral de 19 de marzo de 1959 había dicho: «Ahí está este edificio en cons-

trucción. Más de una vez hemos pensado si no habrá llegado el momento de hacer un último esfuerzo». Y en diciembre del mismo año se realizó la «Campana extraordinaria por las Obras del Seminario». «Creemos que ha llegado el momento de volver a hacer un esfuerzo definitivo y volviendo nuestros ojos a María Inmaculada, a ella nos encomendamos, y queremos que sea el día de su fiesta el «Día de las Obras del Nuevo Seminario». En las manos de mendigo del Sr. Obispo depositaron los mallorquines casi dos millones de pesetas. «Todos habéis dado lo que habéis podido; y algunos más de lo que podíais».

Y LLEGO UNA FECHA IMBORRABLE. Los seminaristas quisieron grabarla fuerte en el pergamino que, junto al cuadro de la Señora del Seminario, se entregó al Sr. Obispo: «Sepa, Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo, que los seminaristas de Mallorca recordarán siempre esta fecha —15 y 16 de octubre de 1960— admirarán su iglesia, rezarán filialmente a su Virgen Asunta y venerarán y amarán ardientemente a su Obispo, que tanto gozo les ha proporcionado».

Es ahora cuando cobran plena actualidad las palabras de otro gran amador del Seminario, también en el seno del Padre; el Muy Ilustre Sr. D. Antonio Sancho, en la alocución final de las fiestas de la Bendición de la nueva iglesia: «Un encargo oficial, honrosísimo y sobremanera grato. Un encargo del Seminario:

«El M. I. Sr. Rector, los Superiores, el Claustro de Profesores, la persona moral del Seminario, Excmo. y Rdmo. y queri-

dísimo de todos, Sr. Obispo, conociendo perfectamente lo que sentís al contemplar esta nueva iglesia, que en tantos sentidos es vuestra iglesia; y al repasar la serie de emotivas solemnidades, os felicita, respetuosamente, tiernamente, filialmente.

Y sabiendo también el amor que habéis puesto en esta Obra, en la que queda como cristalizado para las generaciones futuras, o mejor aún, en la que queda llameando en las yunturas de las piedras, os da el Seminario las más rendidas gracias.

Os agradece también los inmensos beneficios que de ello sacaran los seminaristas hablando aquí con Dios, y celebrando con solemnidad, sin estrecheces ni incomodidad, los actos litúrgicos conforme a lo que expresábais en vuestra Carta Pastoral.

Excmo. y Rdmo. Señor: ¡MIL PARABIENES, Y UN MILLON DE GRACIAS. FIRMA Y RUBRICA: EL SEMINARIO DE MALLORCA.»



FOTO MARTELL

En estos momentos estoy reviviendo la tarde del 15 de octubre. Y me recreo de nuevo en la ceremonia litúrgica, lenta, solemne. Era la bendición de la Casa de Dios. No cabes en los cielos, Señor, y eliges un Templo en la tierra! Y presidiendo, Ella, la Señora, la Virgen Asunta del Seminario. Cómo emociona pensar que para el Sr. Obispo fue Ella, el testigo de su dolor, y el mejor consuelo en sus largas horas de oblación, y que él mismo ha tenido que aplicarse aquellas palabras que dijo entonces: «Para que la llevemos grabada en el fondo del alma, para que hacia Ella se vuelva nuestro pensamiento y en Ella descansen nuestra esperanza en los momentos de lucha, aunque estemos lejos del Seminario».

Y como complemento de la bendición de la nueva iglesia, a la mañana siguiente, la Consagración del Altar: «La Iglesia no elige una piedra al azar, elige una determinada, concreta, más aún, la purifica» «¡Ahí está el altar! ¡El altar del Seminario! Se necesitan sacrificadores...» Qué recuerdos, Señor, ahora que se han evidenciado con su testimonio en el sufrido

miento y la muerte, las palabras de entonces.

No regateó palabras y ocasiones para repetir su preocupación. En la pastoral de marzo de 1961, repetía: «Bien sabéis todos cuán dentro del corazón llevamos el Seminario. Sobre la Casa del Carpintero de Nazaret se posaba la mirada complacida de Dios... Con análoga complacencia miramos Nos a nuestro Seminario». «Esos seminaristas son un tesoro que tenemos que conservar», y para ellos es la nueva iglesia, la Virgen Asunta, el Beato Ramón Llull, las campañas pro Seminario, los Coros del Seminario, la constante preocupación y desvelos por las Obras, las ordenaciones en la nueva iglesia, el sagrario, la cruz, el grupo de seminaristas del Instituto A. Junípero Serra, el órgano, la «Domus Assumptae»...

Año tras año llegó a todos los diocesanos la voz del Pastor hablando del Seminario. «Siempre nos hemos acercado al Día de S. José con el alma abierta a la esperanza y poco a poco se ha ido convirtiendo en un día de optimismo y satisfacción».

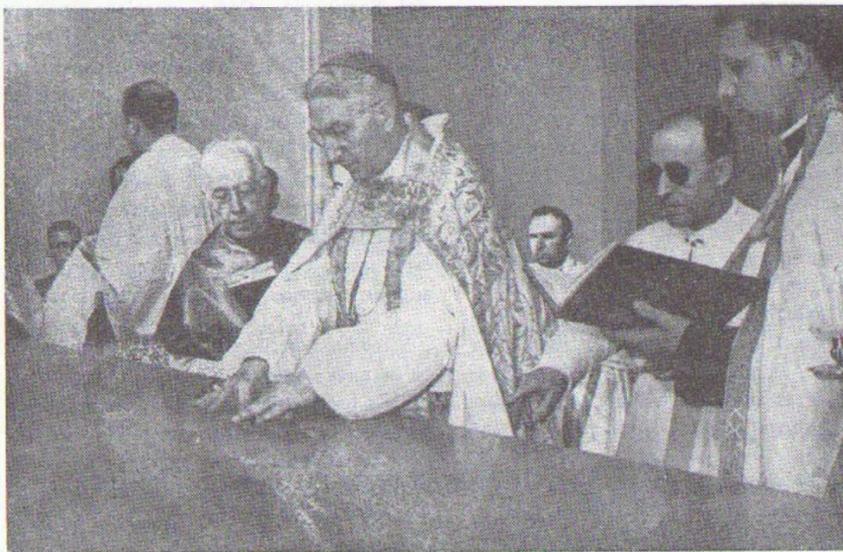


FOTO MARTORELL

Desde Palestina, Roma o desde Madrid, ya en su lecho de dolor, fueron llegando al Seminario sus cartas llenas de calor y afecto: «Vuestro Obispo se complace constantemente pensando en sus seminaristas».

También el Seminario supo corresponder a tanta predilección. Y oró por su salud y tuvo perennemente encendida la lámpara votiva, invitó a Mallorca, a través de su Sabatina radiada, a orar también. Mandó el cuadro de la Virgen del Seminario que presidía la Domus Assumptae, a su Obispo enfermo.

Día tras día, hora tras hora, el Seminario ha permanecido en vela. Y ahora, que todo ha sido consumado, quiere que sea verdad lo que escribió un día: «Admirarán su iglesia rezarán filialmente a su Virgen Asunta, y ofrecerán oraciones» por el alma de su querido señor Obispo, que tanto gozo les proporcionó a través de su Pontificado.

Jerónimo Fito, Pbro.

SACERDOTE

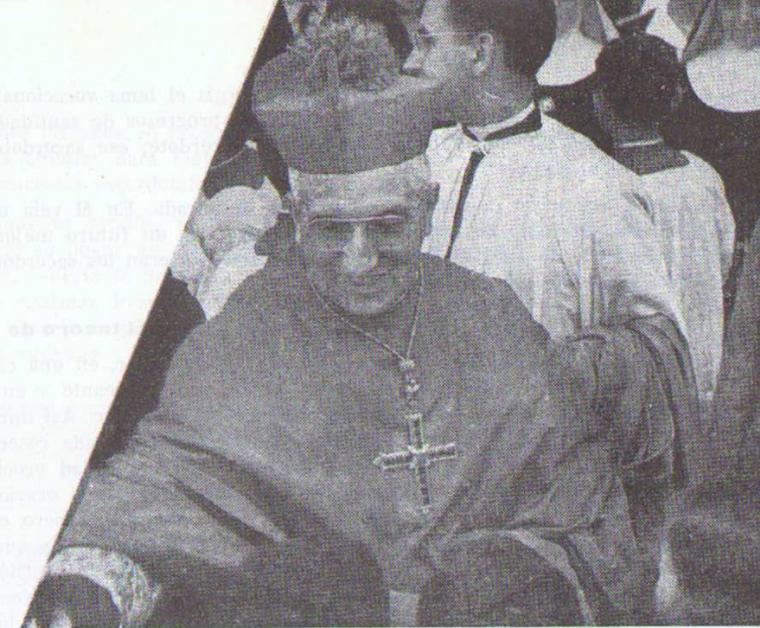


FOTO MARTORELL

FORJADOR DE SACERDOTES

Creo que así —solamente con este título— podría definirse la talla sacerdotal del que fue nuestro Obispo.

La obra vocacional fue el quicio de toda su actividad pastoral. Casi toda su vida sacerdotal estuvo dedicada a la formación intelectual y al cultivo de las vocaciones sacerdotales.

En 1930, dos años después de ser ordenado sacerdote, empieza a enseñar Sgda. Escritura, Patrología y Apologética en el Seminario de Vitoria. Desde 1937 a 1939 dirige el Seminario de Vergara. Terminada la guerra, es nombrado canónigo lectoral de la Catedral de Madrid y enseña en el Seminario Diocesano Sgda. Escritura y Exégesis bíblica.

En 1949, es nombrado Obispo de Ciudad Rodrigo. En aquella diócesis castellana su actividad pastoral es múltiple y fecunda. Y enseguida, en el programa apostólico de aquel novel Obispo, aflora su gran preocupación: el Seminario. Modernizó el edificio, casi duplicando su capacidad, le dio una nuevo reglamento y un nuevo plan de estudios, renovó el profesorado y organizó varias campañas de tipo vocacional.

Nuestro Seminario

En 1955 el Dr. Enciso era preconizado Obispo de Mallorca. Al llegar a la Isla, dedicó su primera visita al nuevo Seminario Diocesano. Durante sus nueve años de pontificado en nuestra diócesis, el Seminario ha constituido el centro de sus atenciones pastorales y el principal objetivo de su trabajo apostólico.

En muchos de sus escritos y alocuciones surgía el tema vocacional. El Obispo Enciso llevaba muy metida esta idea: «todos los progresos de santidad en la Iglesia cuentan con un elemento insustituible: el sacerdote; ese sacerdote que acaso hoy es seminarista».

En su Seminario descansaba complacido su mirada. En él veía un semillero prometedor, un signo de esperanza y de renovación, un futuro mejor. Él estaba muy persuadido de que, según sean los seminaristas, serán los sacerdotes y, según sean los sacerdotes, serán los pueblos.

El tesoro de sus cartas

El 12 de octubre de 1963, durante la II etapa conciliar, en una carta que nos dirigió desde Roma, decía: «Mira el labrador su finca verdeante y en su fantasía hace cuentas para el futuro, poniéndose siempre en lo mejor. Así miro yo a esta Casa y fantaseo para el porvenir. Es posible que antes de cada cosecha haya todavía alguna helada o algún contratiempo. Ante esta posibilidad procuro siempre tener encendido ante el altar de Nuestra Señora el cirio de mi oración para conjurar el peligro, como hace el labrador ante la tormenta, y espero en ella. Hay motivos para esperar. Hay tantos sacerdotes que ahí se formaron, y que han hecho ya sus primeras armas al servicio de Dios y de su Iglesia en la Diócesis y aún en América y África, que cada vez que veo a las distintas promociones subir en bloque el escalón de un curso, que los huecos vacíos se llenan con los nuevos, y que, en la edad problemática de la adolescencia, todo un curso se adelanta a recibir la sotana y la beca, mi mirada se pierde ilusionada por los campos del apostolado, como se perdía la del Señor junto al pozo de Jacob: «Ya blanquean los campos para la siega». Y me parece, y creo que no me equivoco, que son muchos, muchísimos, mis seminaristas que están dispuestos a desentenderse de todo lo demás, como el Maestro, para poner todo su pensamiento, su aspiración y su ideal en aquella mies».

Son estas líneas muy fáciles de sintetizar: para el Sr. Obispo el Seminario era una gran preocupación y una gran esperanza, para el Sr. Obispo el problema vocacional era objeto de oración constante.

El pasado 2 de enero, poco antes de empezar su larga y dolorosa enfermedad, a algunos Superiores y a un grupo de seminaristas que fueron a felicitarle en el día de su Onomástica, les dijo: «El Seminario es mi constante preocupación y mi mayor alegría». Estas serían las últimas palabras que el Sr. Obispo pronunciaría ante sus seminaristas.

Su preocupación y su obra

El Dr. Enciso trabajó incansablemente por el aumento y mejoramiento de las vocaciones sacerdotales. Recordemos aquella interesante pastoral sobre el Seminario que publicó el 29 de junio de 1956. En ella, además de presentar un nuevo y más completo plan de estudios, señalaba, magistralmente, cuál debía ser la formación humana, cultural y espiritual de sus seminaristas.

En marzo de 1957 fundó los «Coros del Seminario»: una obra vocacional silenciosa pero fecunda, que ha puesto de manifiesto una vez más la generosidad de los mallorquines para con su Seminario.

Fue, además, el promotor de nuestra revista «ANTORCHA»: órgano de la Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales, y de la Oficina Vocacional, que con motivo del IV Centenario de la fundación de los Seminarios, puso a disposición de todas las parroquias de la Isla un conjunto de artísticas diapositivas en colores sobre la vida de nuestro Seminario.

El día del Seminario

Y todos los años, al acercarse la festividad de San José, escribía a sus diocesanos una circular para mejor preparar el Día del Seminario: la gran jornada de las vocaciones sacerdotales.

En aquellos escritos pastorales, solía recordar a las familias cristianas que hicieran de su hogar un clima propicio a las predilecciones de Dios. «Si El deja oír su voz, —decía el Sr. Obispo— no la desoigáis, no la apaguéis. No deis oído a vuestro egoísmo. Porque egoísmo sería desear que haya Sacerdotes y pedirlos a Dios, y decirle después que llame en otra puerta porque no estáis dispuestos a abrirle la vuestra».



A través de aquellas Circulares se podía entrever la importancia que la Iglesia concede a los Seminarios, la necesidad de colaborar a la formación de sacerdotes útiles a la Iglesia y la urgencia que siente el mundo de sacerdotes santos y sabios.

Esta es, a grandes rasgos, la obra vocacional del pontificado del Dr. Enciso. Obra fecunda y extensa, obra eminentemente sacerdotal y apostólica.

Si el grano de trigo...

Creo que en nuestras mentes jóvenes quedará fuertemente grabado para siempre el recuerdo de este gran Obispo que amó entrañablemente a Mallorca; que supo labrar, día tras día, el campo espiritual de su diócesis y al final de la jornada, dejar caer en la tierra que él mismo había trabajado el grano maduro de su vida para que se pudiera, muriera... y luego fructificara centuplicado.

El grano está ya enterrado... pero pronto, muy pronto, una mies vocacional prometedora blanqueará en nuestros campos mallorquines.

Juan Bestard

El Sagrario y la Virgen, testamento de nuestro Obispo

Nostalgia y esperanza

La muerte de una persona querida deja en nuestro interior, sin que lo podamos evitar, esa huella triste de la nostalgia y del dolor. Durante ocho meses hemos vivido unidos a nuestro Obispo, acompañándole en sus dolores, impotentes para toda solución humana, pudiendo únicamente ofrecer nuestras oraciones y sacrificios —«sólo Dios sabe su número y el amor que los envolvía»— para expresar esta unión espiritual con nuestro Pastor.

Hemos visto la mano providente de Dios que lo preparaba para Sí. Hemos caído en la cuenta, una vez más, que «vamos hacia nuestro destino como el agua que sale de la fuente y no se da reposo hasta que llega al mar».

Nuestro Obispo ha llegado ya al puerto tan deseado por él, a la inmensidad de la vida de Dios. Por esto, nuestros sentimientos humanos de dolor y nostalgia van dejando camino ancho y despejado al sentimiento cristiano de la gratitud a Dios que le ha dado «el mejor premio».

En la calma de nuestro interior, motivada por la ausencia de su persona, van aflorando multitud de recuerdos, de ejemplos y enseñanzas, que nos unirán espiritualmente con el que ha sido hasta ahora nuestro Obispo y Pastor.

Es difícil abarcarlos a todos. Seguro que en todos nosotros quedarán muy unidos al recuerdo del Dr. Enciso su devoción grande a la Eucaristía y su amor ardiente y filial a la Virgen nuestra Señora. Tenemos motivos suficientes para ello. Hemos conocido su constante preocupación de que sus sacerdotes y seminaristas centráramos nuestra vida en torno a la Eucaristía y a la Virgen.

Lección Eucarística

El día de la bendición del Sagrario y de la cruz del altar en la capilla del Seminario decía: «El altar es el centro de la Iglesia porque sobre él se ofrece el Santo Sacrificio y sobre él está el Sagrario». «El Sagrario —dijo— es el mejor símbolo de vuestra vida sacerdotal. Toda la vida ha de girar en torno al Sagrario. En vuestra ordenación os encomendaré un Sagrario para que lo llenéis de la vida de Dios, que tendréis que comunicar a las almas. Deberéis ser los custodios del Sagrario como estos ángeles que hemos puesto en las puertas del que acabamos de bendecir. En el Sagrario está vuestra grandeza».

Fuertes como la piedra de sus puertas; limpios como los ángeles que las custodian; en constante postura de adoración, a ejemplo de los 24 ancianos del Apocalipsis, del esmalte interior. Unidos siempre a Jesucristo, como los sarmientos a la vid. Así ha de ser nuestra vida. Y solamente así en el interior de estos sarmientos, que somos nosotros, seguirá derramándose la vida divina, que al mismo tiempo que ha sido la causa de ellos, es también su principio vital y el origen de su fecundidad. «Todo lo que hay fuera de esto y no se ordena a ello, es para nosotros «mundo», la gran mentira opuesta a la única verdad». Esta es la lección eucarística y sacerdotal que nos dejó al hacernos entrega del sagrario del Seminario.

Amor filial a la Señora

Otra lección hemos aprendido de nuestro Obispo: Un amor sincero y entrañable a Nuestra Señora. Escribía en cierta ocasión a sus diocesanos, refiriéndose al nombre penetrante y suave de María: «Parece como si fuera el alabastro que la creación rompió sobre la humanidad

de Cristo, como expresión suprema de su acatamiento y amor, y cuyo perfume ha llenado toda la casa, como en la escena evangélica».

Esta presencia espiritual de la Virgen en el Seminario queda simbolizada en la «bellísima imagen de la Asunción, que los seminaristas llevan grabada en el fondo del almal. Ante Ella se postran durante el curso. Hacia Ella se vuelve su pensamiento, aunque estén lejos del Seminario.

Bajo su advocación y su mirada se desarrolla toda la vida del Seminario y de una manera particular el último año de formación. Los diáconos pasan a ocupar una nueva dependencia: «La Domus Assumptae», como para envolver de espíritu mariano este año de convivencia fraternal y amistosa, de pausada oración y estudio intenso, conjugados con ciertas prácticas apostólicas. La bendición de la «Domus Assumptae» era una ilusión grande para el Señor Obispo. Fue otra de las muchas renuncias que ofreció al Señor. Pero este espíritu mariano que tanto quería para nosotros nos traerá, «a los que la ordenación sacerdotal ha convertido en padres de almas, nuevas ráfagas de aire espiritual juvenil».

La fotografía de la imagen que los seminaristas le regalaban le ha seguido en su dolor. Hacia Ella levantaba su mirada durante su enfermedad. Ella fue para él la que puso consuelo en sus penas, alegría y dulzura en su vivir, y la que por encima de sus constantes sufrimientos, dejó sentir en su alma la esperanza de una eternidad feliz. Repetía con frecuencia.

Inspirado en esta imagen escribió para sus seminaristas una oración para pedirle su acogimiento, su luz, y el despertar la vocación en otros corazones juveniles



FOTO MARTORELL



FOTO MARTORELL

Plegaria incesante

Estas son algunas de las muchas lecciones que en su vida nos dejó. Su cuerpo reposa junto al sagrario de la catedral, como si nos urgiera a eucaristizar nuestras vidas. Pero su alma, por el mismo camino por donde vino, a través de Cristo, ha vuelto hacia las raíces de la vida, hasta el mar inmenso de la vida de Dios.

En premio de todos sus desvelos por nosotros recibió la invitación bondadosa y acogedora de María, en esta imagen que la representa subiendo a los cielos,

para recibir el premio grande de la gloria.

Allá en lo alto, no cabe duda, de que junto a Ella nuestro Obispo «interecede por todos los hombres, por todos los fieles, por todos los que han creído y creen en su Hijo. Pero más aún por aquellos que tanto creen en su Hijo que a El han entregado todo lo que son y todo lo que tienen: su vida. Por aquellos que han entrado o se preparan para entrar en el sacerdocio».

Su recuerdo y su ejemplo permanecerán vivos en nuestro corazón.

Bartolomé Suau, Pbro.

«El Sagrario será el centro de vuestra vida, el centro del Seminario. En el Sagrario está vuestra grandeza».

INSTITUTO
APOSTÓLICO
JVNIPERO
SERRA

La esperanza de un Obispo

Muy fácilmente podría definirse la actividad de nuestro inolvidable Obispo apelando a su conciencia misionera de Apóstol de la Iglesia. Sus escritos, sus discursos, todos sus gestos transpiran siempre ese latido generoso de su corazón, hondamente inquieto por la salvación de todas las almas. En su espíritu pesaba constantemente la responsabilidad apostólica y la preocupación misionera por dar cada día nuevos hijos a la Madre Iglesia.

Una fecha memorable

Por esto, guiado por este su ideal, en un amanecer mariano, abrió a toda su diócesis mallorquina un nuevo rumbo misionero que diera alas a su generosidad y cauce a todas sus ansias apostólicas.

El 8 de diciembre de 1959, en la capilla del Seminario Diocesano, el Dr. Enciso pronunciaba estas históricas palabras: «Pensamos que no son nuestros sacerdotes aisladamente los que han de formar parte de la OCSHA, sino la Diócesis misma. Y con el fin de realizarlo de modo eficaz, hemos decidido fundar y fundamos hoy, fiesta de la Inmaculada Concepción, un Instituto, que por la naturaleza de su destino llamaremos Apostólico, y por estar orientado hacia América se acogerá al nombre glorioso de Fray Junípero Serra. Se llamará pues Instituto Apostólico Junípero Serra (IAJS)».

Pocos meses más tarde las tierras sedientas de Hispanoamérica y de Africa recibían los frutos primerizos de tan prometedora cosecha. Su generosidad sacerdotal abrió las puertas del Instituto a la tarea misional. Y desde entonces nuevas aportaciones vienen engrosando las filas de sacerdotes mallorquines que trabajan por la Iglesia muy lejos de la isla que los vio nacer.

Exponente manifiesto de su labor apostólica son las manifestaciones de complacencia con que les han honrado los señores Arzobispo de Trujillo, Obispo de Piura y Mons. Makarakiza en sus visitas a nuestro Seminario.

Florece misional en el Seminario

Dos años después, a raíz de la bendición del monumento del Beato Ramón Llull, en el claustro de teólogos, el venerado Sr. Obispo vertió de nuevo en nuestro Seminario un haz de luz misionera que penetrara las intimidades más silenciosas de todos. A los pies de la Virgen Asunta recogimos de sus labios una profunda lección de marianismo misional. «*Libro de Santa María debe ser nuestro Seminario y debéis ser cada uno de vosotros...*». Seguidamente manifestaba sus deseos de que su Seminario, a ejemplo del apóstol mallorquin, ensanchara su mirada apostólica hacia nuevos horizontes y abriera sus puertas al inquietante problema de la evangelización. Quería que el corazón de todos los seminaristas latiera al unísono de las necesidades de la Iglesia.

El 24 de junio de 1961, el Señor Obispo, en conformidad con su Carta Pastoral del 8 de diciembre y con los deseos manifestados en su alocución de la bendición del monumento del Beato Ramón Llull, instituía el grupo de seminaristas del Instituto Apostólico Junípero Serra.

Aquellos mismos días llegaron a sus manos las primeras peticiones de sus seminaristas solicitando el ingreso. Y desde entonces como la savia que silenciosamente da vida y vigor al crecimiento del árbol, se mantiene vivo y vibrante el espíritu misionero del Seminario... y como el grano de trigo que cada año brota en una nueva espiga, el grupo misionero despierta y ve crecer cada día, como en tierra ubérrima, el número de sus vocaciones.

También aquí el silencio es ley de vida. Como la corteza del árbol que mantiene cálida la savia vitalizadora, el silencio en el grupo es la condición previa al crecimiento esperanzador con que se desarrolla. Un silencio inquietante, que es al mismo tiempo palabra enérgica de llamada para cuantos miran a América como campo de su futuro ministerio, se cierne sobre el grupo misionero desde el día de su fundación.

Nuevos caminos

Bajo la mano experta de nuestro recordado Señor Obispo, el Seminario y toda la Diócesis Mallorquina, impelidos por la urgencia de irremplazables empresas apostólicas, han iniciado nuevos caminos que van surcando los mares en busca de las playas Hispanoamericanas o de los poblados africanos.

El Dr. Enciso ha trazado una ruta misional a sus hijos mallorquines para que siembren por todo el mundo la semilla evangélica que él nos ha enseñado.

El ha dejado plantada en nuestra Mallorca una obra misionera trascendental, fruto sazonado del espíritu hondamente misionero del Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Jesús Enciso y Viana.

A. M.

Vivo y constante recuerdo de nuestro Prelado

Honrosa visita de condolencia

Llegó a Mallorca el mismo día de los solemnes funerales. Después de haber rezado un responso en la capilla ardiente donde reposaban los restos mortales de nuestro Prelado, el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, acompañado de Mons. Giovanni Benelli, Consejero de la Nunciatura, vino al Seminario Diocesano donde había fijado su residencia.

Los seminaristas le esperábamos en la iglesia. No salimos a recibirle entre vítores y aplausos como corresponde al representante del Papa. Estábamos de luto. Había fallecido nuestro Padre.

Tras breves momentos de oración ante el Sagrario, que con tanta ilusión bendijera nuestro Obispo aquel 15 de octubre, y a los pies de Aquella que fue faro luminoso en sus días de cruces y amarguras, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico, de cara a los seminaristas, nos dirigió la palabra: «Con gran ilusión esperaba el momento de poder venir a Mallorca, pero nunca creí que fuera en estas circunstancias. Superiores, Profesores, seminaristas, —sus queridos seminaristas,— recibid mis más sentido pésame».

El Nuncio siguió su alocución hablando de la gran labor que había desarrollado nuestro Obispo en el Concilio y terminó pidiéndonos oraciones para que su sucesor fuera digno continuador de su obra.

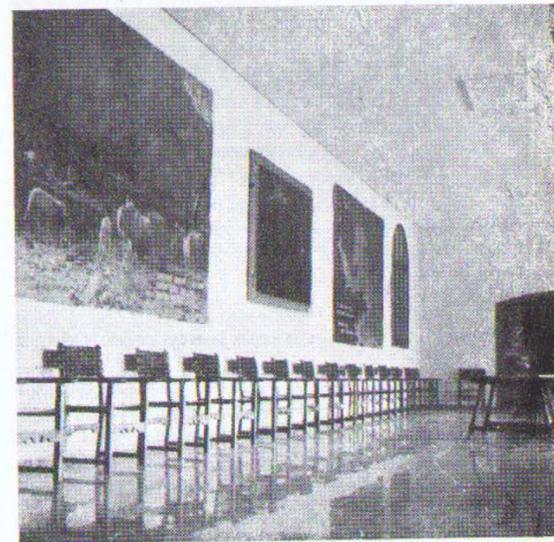
El Seminario era la preocupación constante de nuestro Obispo. El había cuidado con especial celo y cariño esta porción predilecta de tierra mallorquina a la que siempre tenía dirigidas sus miradas. Las obras, los estudios, la formación de sus sacerdotes eran problemas que llevaba metidos en su alma. Y ahora el Seminario

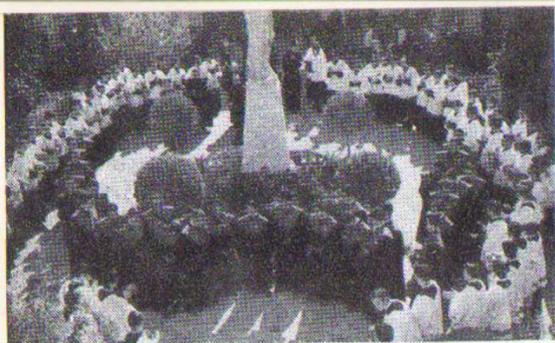
estaba cubierto por el velo de la orfandad: y los seminaristas, sumergidos en recuerdos que nos hablaban de él envueltos en objetos que acusaban su presencia, recibíamos de labios del mismo Excmo. Sr. Nuncio la condolencia por la desaparición de nuestro Prelado.

Otra ilusión truncada

Hacia tiempo que nuestro Obispo acariciaba una gran ilusión, la bendición de la entrada y nave principal del Seminario que, podríamos decir, era la culminación de las obras del nuevo edificio. Con especial cuidado siguió las obras de este pabellón en el que campea su escudo episcopal. Deseaba verlo hecho pronto realidad y soñaba en su inauguración.

Pero la Providencia truncó sus planes, ésta, como tantas otras aspiraciones legítimas «fue tragada por el sepulcro de su cama».





Por la tarde, asistió a las exequias y funeral, interpretando la Schola Cantorum los cantos litúrgicos.

A la mañana siguiente en la iglesia del Seminario, se cantó una solemne Misa de Requiem con asistencia de sus familiares.

Hace varios meses, rindiéndole acto de adhesión, visitaban a nuestro Obispo enfermo en Madrid, el M. I. Sr. Rector y el Director Espiritual de teólogos. Le ofrendaron una estola. Se guardaba para la bendición solemne de la «Domus Assumptae». Tomóla en sus manos y en un acto de aceptación y entrega respondió a tan amable delicadeza: «Pero... lo bendecirá otro». Con ello se abandonaba en manos de la Providencia renunciando a su sueño acariciado. Con aquella estola, que ahora guarda el Seminario reverentemente, recibiría diariamente la Santa Comunión.

El Nuncio de Su Santidad realizaba los sueños de nuestro Obispo inaugurando el pabellón principal y las mansiones episcopales. Y desde éstas envió su primer mensaje y primera bendición a todos los mallorquines: «Varias veces he visto en estos meses de dura prueba a vuestro Sr. Obispo -dijo el Sr. Nuncio- y puedo asegurar, queridos mallorquines, que su cama fue siempre para mí cátedra de santidad, de intensidad espiritual, de vibrante interés para todos los problemas universales y altar donde se inmolaba una víctima que nosotros veíamos gratísima a Dios nuestro Señor».

El Seminario junto a su Obispo

El Seminario, durante los tres días de capilla ardiente, estuvo en perpetua vigilia. Los turnos de seminaristas se sucedían día y noche velando junto al féretro de su Prelado. El Seminario estaba allí dando testimonio de amor filial y de agradecimiento a su Padre y Pastor.

Llevamos ya transcurridos un mes del nuevo curso, todo él lleno por el recuerdo de nuestro Prelado. En la Memoria leída en la apertura de curso, se nos habló del Obispo, de sus ilusiones, de sus actividades, de sus obras y, al final del acto, los Profesores y seminaristas cantaron un responso por el eterno descanso de su alma. El día antes de salir sus familiares para Madrid el hermano del finado celebró la Santa Misa de despedida en la capilla del Seminario y nosotros agradecemos al Altísimo los dones que a través de nuestro Prelado había esparcido sobre el Seminario y sobre toda la Diócesis mallorquina.

Serían luego los nuevos alumnos del Seminario Mayor en el día de su vestición, quienes actualizarían este recuerdo proclamándose «la promoción del Obispo Enciso».

La inauguración de su biblioteca, generosamente donada al Seminario, brindó a los seminaristas una nueva ocasión de manifestar su gratitud al Obispo desaparecido.

Ultima bendición

No dudamos que nuestro Obispo vela la obra que dejó plantada, que recoge el eco de nuestras plegarias y nuestros recuerdos y que desde los cielos -como nos recordaba el Nuncio de Su Santidad- está bendiciendo a su querida Mallorca, a todos sus diocesanos y a éste su Seminario.

Antonio Perelló

POR EL OBISPO QUE AMÓ TANTO A MALLORCA

ORACION A MEDIA TARDE

R. Servera

Quisiera no olvidarme en la vida de aquella tarde en que visité la tumba de nuestro Obispo, pocos días después de su muerte.

No había nadie en la Catedral inmensa. Solamente el Señor del Sagrario velaba el sueño largo y reposado de nuestro Obispo.

Me arrodillé junto al sepulcro, envuelto en la paz de la tarde, y así oré larga y pausadamente.

La lámpara del Santísimo, que extendía sobre las anchas losas sus leves sombras, me hablaba de un Obispo que se extinguió lentamente, día tras día, sobre el altar de su lecho, como un exvoto de amor a sus hijos de Mallorca. «Nadie muestra más amor que el que da su vida...» Y nuestro Obispo ofreció su vida, libremente, como una hostia de intercesión. Su amor desbordó en expresiones de paternal afecto agradecido. Sus cartas son un haz apretado de cariño para con sus diocesanos y su querida Mallorca.

Allí aprendí, para mi ministerio no lejano, que «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo mas si muere lleva mucho fruto». Recordé una carta que nos dirigió por Pascua: «Este cuerpo caerá en el surco, pero germinará en nueva vida».

Allí descubrí, en su muerte, la más bella culminación de su trabajo incansable como miembro de la Comisión de Liturgia. «El sentido pascual de la muerte cristiana», de que habla la Constitución. «Ese sentir en mí el poder de su Resurrección y la comunicación de sus padecimientos, configurándose a su Muerte» —como dice S. Pablo— hicieron de su enfermedad y su muerte una liturgia pascual.

Allí descubrí que la Palabra de Dios, «lámpara de sus caminos y consuelo de su dolor», debía encarnarse en mí, para que mi vida entera, como la suya, fuera una proclamación del Evangelio.

También allí aprendí, junto al Obispo reducido a sus huesos, débil, «hecho pequeño», que la enfermedad y la muerte es el medio doloroso de que se sirve Dios para conducir al hombre a una especie de desnudez completa ante El, a una purificación dramática de la fe. Y le pedí a Dios espíritu de pobre.

Allí descubrí, recordando el «He ahí a tu Hijo» de su escudo, «que la fórmula más fácil y la más eficaz es la Virgen María», y junto a su cuerpo, sembrado como una espiga, a la vera del Sagrario, quise ser más sencillo y más humilde para dar testimonio en mi vida de Jesús Eucaristía.

Y decidí, recordando su vasta cultura, su estilo brillante, su biblioteca escogida, sus profundos discursos, su gusto exquisito, que el estudio fuera mi pan diario para obtener un ministerio eficaz y fecundo.

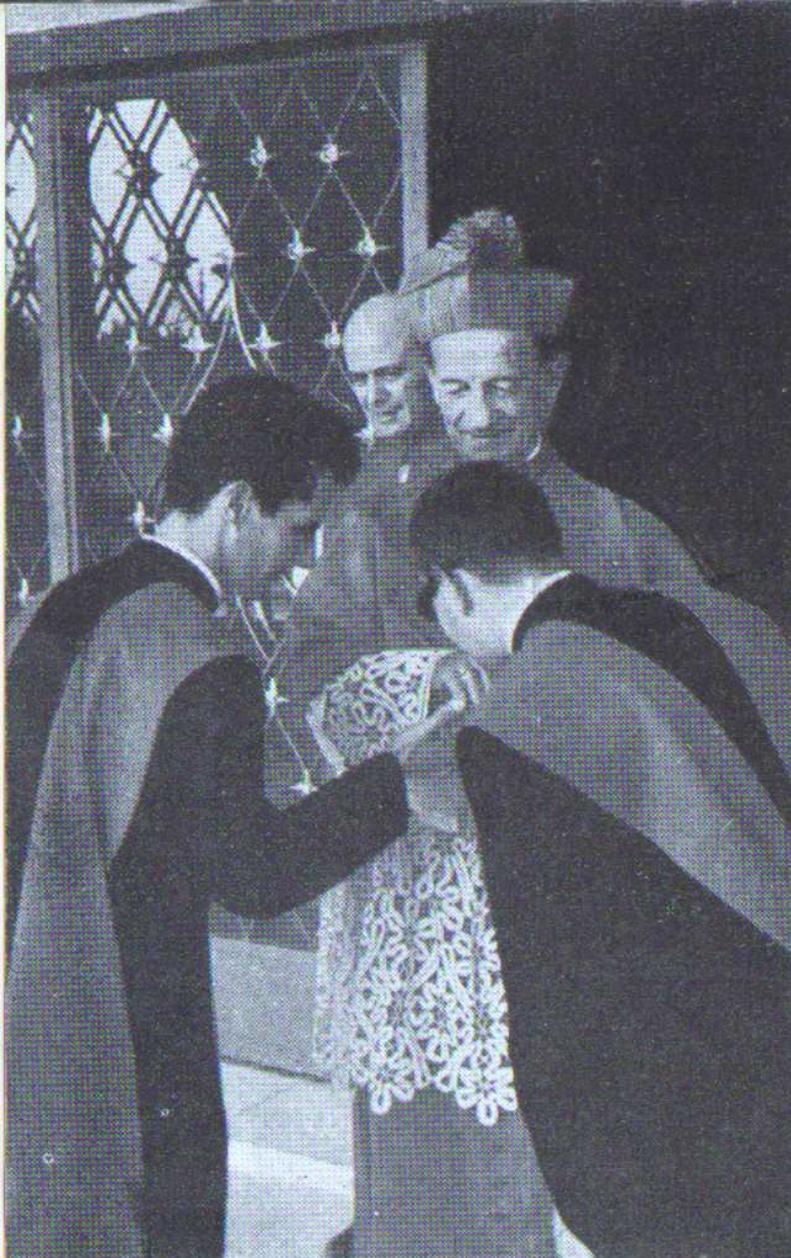
Y decidí amar al Seminario, como él lo amó. ¡Se sentía bien entre nosotros, lo mismo que en casa! «Cuando vengo al Seminario y os contemplo apiñados en torno a vuestro Obispo, nos decía cariñosamente, sueño en el futuro».

Y el Obispo de corazón ancho y espíritu misionero, del que da testimonio el Instituto Apostólico, me dijo finalmente, en el silencio, que amara a la Iglesia, pero a toda la Iglesia, que cortara horizontes y ensanchara fronteras.

La tumba de nuestro Obispo nos recordará constantemente a los hijos de Mallorca el amor que nos tuvo el que fue nuestro Padre y Pastor. —«Deseo que me lleven a morir a Mallorca. Quiero morir en mi Diócesis, cerca de mi Catedral y rodeado de mis sacerdotes y de mi pueblo»— y a la vez nos hará recordar el afecto sincero que Mallorca agradecida tributó a su Obispo.

Se había hecho tarde y tuve que marchar, pero antes quise pedirle a Dios le concediera a nuestro Obispo «gozar de su contemplación en la liturgia eterna». Esta fue mi oración de Requiem... Y después me encomendé a él...

VIVAS IN DOMINO IESU SAPIENTISSIME PRAESUL
CHORUS ANGELORUM IN AETERNAM LITURGIAM TE ACCIPIAT



El Seminario tributó homenaje de adhesión al representante del Papa en su visita a esta Casa que en su escudo ostenta, como símbolo de su amor, la tiara y las llaves pontificias.

El Excmo. Sr. Nuncio, en aquel día de dolor por la pérdida de nuestro Padre, nos dijo:

«Con gran ilusión esperaba el momento de venir a Mallorca, pero nunca creí que fuera en estas circunstancias. Superiores, profesores, seminaristas – sus queridos seminaristas – recibid mi más sentido pésame.

Vuestro Obispo trabajó denodadamente por la Iglesia. El Concilio fue palestra en la que vuestro Obispo colaboró con inmensa dedicación, con olvido de su propia salud y cuidado. Esta bellísima iglesia os recordará el amor que os tenía...

Rezad por él y encomendaos a él...»

